extraños” nos maravillan es porque antes nos han quemado por el cuerpo significativo, musical, de su letra. Como la canción de jazz “Frutos extraños”, cantada por Billie Holliday, estos relatos de Lucía Guerra conmueven nuestro intelecto después de espolear y armonizar nuestras propias fantasías con las posibilidades que nos abre nuestra época. No olvidar—y ésta sería la última intertextualidad que señalo—que los “Frutos extraños” de Billie Holliday son también el motivo desencadenante del desfloramiento, de la *perestroika* caracterológica, de la protagonista de la importante película de Adrian Lyne, *Nine and Half Weeks* (1986), basada en la famosa novela postmodernista y sado/masquista (¿feminista, acaso?) de Elizabeth Mc Neill, *Nine and Half Weeks: A Memoir of a Love Affair* (New York: Dutton, 1978).

University of California, Riverside

ROBERTO HOZVEN

JORGE EDWARDS. *Fantasmas de carne y hueso*. Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1993.

Cuando se habla de Jorge Edwards se piensa inmediatamente en sus novelas: la exitosa y polémica *Persona non grata* (1973), *Los convidados de piedra* (1978) o *El museo de cera* (1981). El Edwards cuentista, pese a que sus relatos, en colección o salpicando ya clásicas antologías, han hecho un camino indeleble, es menos familiar o está enmarcado en la primera etapa de su trayectoria literaria. Como casi todos los novelistas latinoamericanos, el narrador juvenil llegaba a la novela por los corredores de otros géneros. Y como casi todos, una vez mudado a esa casa espaciosa, de tanto en tanto se escurre de ella y busca la angostura desafiante del cuento. Pero la vida dentro de la novela crea hábitos. Una inclinación amorosa por la carne de los personajes; un gusto de la historia larga, con sus hijos que tienden al pasado; y sobre todo, la memoria, esa medida humana del tiempo, que la sostiene airoosamente.

En los relatos de *Fantasmas de carne y hueso* hay una feliz combinación de la experiencia del novelista con la destreza del cuentista. Feliz más que nada porque en la lectura no aparecen los roces inevitables de género contra género, las escaramuzas de un matrimonio mal avenido, incompatible. Por el contrario, es un encuentro singular, íntimo, especialmente cálido, de todo lo bueno y todo lo atractivo que estos dos mundos de la cosmogonía literaria tienen en común. A la manera, pienso, de esas primeras citas de enamorados en que cada uno sólo percibe lo mejor del otro.

El título no es, como en la mayoría de los libros de cuentos, un nombre desprendido de otros nombres para ilustrar la tapa, tampoco un énfasis del relato que abre o cierra el volumen. Todas las historias se abrazan a él, y Edwards mismo contribuye a ese abrazo con un prólogo de su mano, unas palabras de introducción, un comentario de los textos.

“Comienzo desde la literatura”, escribe. “Desde la escritura de una novela. Este relato es la historia de una novela imaginaria y de su lectura, destrucción y memoria también imaginarias”. De uno de sus personajes, afirma: “Es una sombra que pertenece al territorio de la experiencia posible, a la memoria ficticia”. E insiste sobre otros: “Todo parecido

con personas de la vida real es pura coincidencia”. Hasta la geografía chilena, las playas, los barrios, los pueblos, incluso las ciudades europeas, en sus vívidas apariciones, toman la distancia propia de la memoria y del color de la ficción. “La plaza Bernarda Morín existe en Santiago de Chile, cerca de Providencia y de la plaza Italia, pero nunca viví en ella ni en sus alrededores, la conocí muy de pasada y es, como todo en literatura, un producto de la memoria creativa”. Es decir, un fantasma de los recuerdos, un cuerpo que yacía en el fondo del tiempo, inerte, al que ahora da vida la imaginación.

La memoria de un escritor ¿es una memoria confiable? ¿Podemos creer que cuando acude a ella, desde la perspectiva de los años, nos hablará de hechos reales? A estas preguntas, los escritores muy raramente contestamos con honestidad, no por malicia sino porque deseamos conservar la fe en que nuestro trato con la ficción termina en una raya claramente trazada entre la vida y la literatura. Edwards, en cambio, propone una línea flexible, ambigua y trémula, moldeada por la costumbre de escribir, y en este límite impreciso que separa la realidad de la ficción, los seres vivos de los imaginarios, lo sucedido de lo meramente posible, se instala para contar, con admirable sencillez, las historias de este volumen.

Son historias de amor. Evocaciones simuladas para el narrador, reales (en el sentido de conmovedoras, de plenas de una verdad indiscutible) para el lector, del paisaje amoroso que ha recorrido un hombre desde la niñez hasta el umbral de los setenta. En ese tiempo, el paisaje y el hombre nunca son los mismos. El amor tampoco. El deseo aturdido del niño chico, la pasión generosa del adolescente, el desventurado curso erótico del hombre maduro, la grisura tragicómica que asoma al filo de la vejez, pertenecen no sólo a momentos distintos de una vida, sino a países, ciudades, grupos humanos distintos. Ocurren —se recuerdan— en un fundo chileno de 1934, en un París de la década del sesenta, en la España posmodernista, en la patria de Edwards, antes y después de su exilio. Pero no son meras anécdotas. El escritor recrea los personajes, los convierte en “fantasmas de carne y hueso”. La joven prostituta de Chile, Bijou o Viyú, “que se disuelve en un instante de ternura”, la efusiva periodista española, esa mujer deseada que genera un doble, la dura, amarga Eliana Carvallo de los años finales, conviven en un mismo plano de intensidad con los retratos de familia, los abuelos y tíos faulknerianos, con la divertidísima crónica de una noche en Montparnasse y el escritor chileno abocado a triunfar como escritor francés, con los zapatos de un padre que vuelven del pasado para ser calzados por el hijo, con la tristeza agobiante de las dictaduras y las chillona obsecuencia de las modas.

La voz de Edwards, en su prosa elegante y firme, recorre estas memorias que no pretenden serlo, y proyecta sobre el libro la madurez, la inteligencia, el escepticismo, la nostalgia, la experiencia del escritor, a quien, tal vez, le han pasado todas estas cosas. Escribe sin hacerse ilusiones, pero con ternura y humor por los fantasmas de una vida, de la vida.

VLADY KOCIANCICH